

“Haz tú lo mismo”

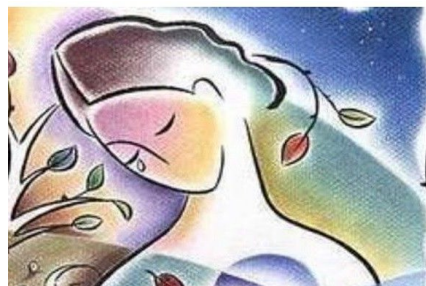
Ambientación. Disponemos el corazón para encontrarnos en este tiempo de adoración con Dios, abiertas a dejarnos decir por Él, a escuchar y acoger con hondura su Palabra, que puede iluminar la vida y transformarnos, al servicio del Reino.

Canción: "Escúchame" (Ruah. Sucedió)

Escuchamos la Palabra

En aquel tiempo, se presentó un maestro de la Ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: *«Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»* Él le dijo: *«¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?»* Él contestó: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo.»* Él le dijo: *«Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida.»* Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: *«¿Y quién es mi prójimo?»* Jesús dijo: *«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta." ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?»* Él contestó: *«El que practicó la misericordia con él.»* Le dijo Jesús: *«Anda, haz tú lo mismo.»*

Y a mí... ¿qué preguntas me acompañan, habitan mi vida? ¿Dónde tengo puesto el corazón? Dejo que el Señor me acoja con lo que traigo, con todo lo que me habita hoy.



Poner a prueba es lo que pretendía el maestro de la Ley al preguntar. Sin embargo, en su encuentro con Jesús, descubre que es en la vida misma donde será probado, en la práctica de la misericordia y la hospitalidad como manera de ser y de vivir.

En este artículo nos encontramos con Armel. Su experiencia podría ser la continuación de la parábola del samaritano... Agradecido, hace lo mismo que siente han hecho con él, y se convierte así en acogida, hospitalidad encarnada, concreta, real para sus hermanos. Desde esa clave lo leemos y lo dejamos resonar ahí donde más nos interpele.

ARMEL NYA TANKOUA

Voluntario de la Delegación Diocesana de Migraciones

Texto Archidiócesis de Sevilla

“Los corazones bendecidos son aquellos donde tienen cabida nuestros hermanos”

Acogida e integración son dos palabras fundamentales en la trayectoria de Armel. Se considera una persona afortunada, a pesar de los vaivenes de la vida. “Haber sido migrante y acogido, me ha convertido también en una persona acogedora”, expresa.

Este camerunés, padre de familia, considera que el único y mejor agradecimiento que podía tener con el Señor y con las personas que le ayudaron tras su llegada a España, “era hacer por mis hermanos lo mismo que hicieron conmigo”. Desde ese pensamiento, filosofía y actitud, “no tenía otro camino que implicarme con las personas migrantes como yo”.

Como miembro de la Delegación Diocesana de Migraciones y feligrés de la Parroquia de la Blanca Paloma, de Sevilla, recibió formación de la Conferencia Episcopal como agente de pastoral de migración. “Participaba en el acompañamiento de los hermanos que llegaban a nuestra parroquia, pero también de los que me encontraba en el barrio, o de aquél que lo necesitara. Por medio de la Pastoral Penitenciaria íbamos a acompañar a hermanos migrantes encarcelados e ingresados en los hospitales”, explica.

Para Armel, la acogida del hermano extranjero, procedente de otras zonas geográficas, en ocasiones inhóspitas, “es una obra de misericordia”, porque de la misma manera que muchos cristianos acogieron a Cristo, “así lo hacemos

nosotros cuando nos damos la oportunidad de acoger al mismo Señor en el hermano necesitado”.

En este sentido, “acoger para mí es una obra que me ayuda a ir más allá de mis fronteras, abrir los ojos y expandir el corazón, es una oportunidad de crecimiento, tanto en la fe como en lo humano. De chico –explica– me enseñaron que cuando alguien se presenta en mi vida, es para poner a su servicio aquello que el Señor me ha regalado, para que sea yo quien comparta aquello que

“Cuando nos abrimos a la experiencia de acogida aprendemos a derribar muros, superar fronteras y los propios límites”

he recibido. Eso es un pilar de fe en mi vida, saber que cualquier cosa que yo tenga, es un don gratuito del Señor, y no es un don para mí, es una responsabilidad para compartir, porque cada vez que se nos regala algo, es para compartirlo con el hermano”, reitera.

Confiesa que el Señor siempre ha estado presente en su vida, aunque a veces no ha sido consciente de ello. “Han sido momentos de varias estaciones, momentos de cercanía, momentos de desencuentro, en los que he ido en búsqueda de otras fuentes, de otros pequeños dioses, hasta que he regresado de nuevo a casa, donde Dios me permite descubrir que Él siempre me ha llevado en la palma de su mano y



- Douala, Camerún (1975)
- Casado, padre de tres hijos

me he reconciliado con Él y conmigo mismo”.

Afirma que ha regresado a la casa del Padre “con más madurez y conciencia después de algunas experiencias. Eso es lo que yo tengo que ser para mi hermano, su Enmanuel. Al fin y al cabo, todos somos migrantes, todos deberíamos sentirnos acogedores, para acogernos a nosotros mismos y enriquecemos juntos”.

Sobre la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado que celebró la Iglesia a finales de septiembre, Armel reflexiona que “cuando nos abrimos a la experiencia de acogida aprendemos a derribar muros, superar fronteras y los propios límites”.

“Nosotros que somos cristianos creemos en Jesús que fue inmigrante, creemos en un Dios que hizo de la hospitalidad y de la acogida una obra de misericordia, no debemos tener miedo a lo ajeno, la hospitalidad nos enriquece, no nos resta, por eso los animo a que realmente abran sus corazones. Mi abuela decía que la casa bendecida es la casa donde el inmigrante encuentra un sitio. A mi me gusta elevarlo un poco más y decir que los corazones bendecidos son los corazones donde pueden tener cabida los hermanos, tener un corazón abierto y solidario es tener un corazón reservado para que el Señor pueda estar”.

Intercedemos. Con el salmo, intercedemos por nuestro mundo, teniendo especialmente presentes a aquellos hermanos nuestros que atraviesan situaciones de abandono, de peligro, de desprotección, de intemperie. Junto a Dios, velamos y permanecemos al lado de los que más sufren:

**En mi aflicción clamé al Señor
y me atendió;
desde el vientre del abismo pedí auxilio,
y escuchó mi clamor.**

**Me arrojaste a lo profundo en alta mar,
me rodeaban las olas,
tus corrientes y tu oleaje
pasaban sobre mí.**

**Yo dije: «Me has arrojado de tu presencia;
quién pudiera ver de nuevo tu santo templo.»**

**Cuando se me acababan las fuerzas
me acordé del Señor;
llegó hasta ti mi oración,
hasta tu santo templo.**

Canción: "Aprendiendo" (Ruah. 15 olas)

Compartimos nuestra oración

Ofrecer una hospitalidad despojadaⁱ

Señor, vivimos tiempos donde la hospitalidad se ha fracturado.

Algo necesita ser removido en nosotras,
desalojado, para que la bendición de la hospitalidad
vaya madurando nuestra vida
y se sientan bienvenidos a ella
los que ni siquiera tienen fuerzas
para llamar a nuestra puerta.

Es justo y necesario, Señor,
practicar una hospitalidad sin condiciones;
pues lo contrario sería alojamiento.
La verdadera acogida es generosa y recíproca,
y es, ante todo, un acto sagrado,
porque todo ser humano
merece ser recibido.

ⁱ Basado en un fragmento del libro "Miróforas", de Mariola López Villanueva.